



«Noche de larga meditación».



En su magnífico prólogo a la actual exposición de José Hernández en Iolas Velasco, de Madrid, Emilio Sanz de Soto ha tenido la gentileza de exhumar viejas palabras más que fueron parte de un prólogo que en aquella sazón le dediqué yo a ese joven pintor —jovencísimo entonces— en su primera exposición madrileña. Le debo a esa cita de Emilio Sanz la recuperación de unas palabras que yo, según costumbre, había perdido para siempre —de mi memoria y de mi anárquico archivo de papelotes—, de las cuales palabras, hoy sólo quiero recordar tres, relativas a la obra de José Hernández. Decla yo entonces que la obra de ese artista era como el resultado final de su «descenso a los infiernos». No por azar sacaba yo a relucir entonces el nombre de Orfeo, relacionándolo con nuestro artista. Como es sabido, en el mito preclásico, Orfeo es un joven que tocaba la lira con tal perfección, que con sólo la sugestión de su música maravillosa podía amansar y dominar a las fieras (clara alusión —así se formaron los mitos griegos— a la fuerza de la inteligencia creadora, generadora de la perfección y, por tanto, de la belleza, que es la sola capaz de dominar a las fuerzas del instinto y la barbarie). Pero ocurrió que murió su bella y fiel Eurídice y que, por tanto, bajó a los infiernos, es decir, a la morada en donde dominan, sublimadas, todas esas fuerzas a las que Orfeo había sabido dominar siempre con su música. Se le ofreció entonces a Orfeo la posibilidad de bajar hasta el seno del infierno, siempre que no dejase de tocar su lira para aplacar a las furias, y a que después de encontrar a Eurídice volviese con ella hasta la vida, pero con la

condición de no volver nunca la vista atrás, ni siquiera para mirar a su amada. Con todo, los hados le fueron adversos, y cuando ya cerca de la salida volvió la vista, perdió a Eurídice para siempre.

Relacionaba yo entonces, y no dejó de relacionar ahora, a José Hernández con ese mito, porque su obra —la de entonces y la de ahora— no deja de ser un «descenso a los infiernos», en el que las fuerzas demoníacas están representadas por quienes tienen que serlo para un amante de la perfección y la belleza: por la estrechez moral, por la avaricia, por la fatuidad en todos sus sentidos..., representados todos por una caterva de personajes hostiles y cadavéricos, pero investidos externamente con las vestiduras de una dignidad que no tienen, para dirimir sus tretos con la podredumbre y con la muerte.

Que se me perdone esa tentativa de llevar a una explicación lógica y racional los mitos que aparecen en la pintura de José Hernández. ¿Pero es que puedo evadirme de ellos, si de lo que se trata, a fin de cuentas, es de explicarse, aunque mínimamente, una pintura cuyo ingrediente primario son esos mitos? Yo creo —digo para terminar con esa incursión a los terrenos, para mí resbaladizos, de la psicología— que Pepe Hernández pinta lo que denuncia, lo que le hiere, lo que quisiera combatir. Pinta lo que él no es, para esclarecerse suficientemente la verdadera entidad de los enemigos a los que quiere combatir. ¿Hablé alguna vez del «ángel» refiriéndome a ese pintor? He ahí por dónde esa categoría orsiana me sirve por una vez. Hernández es un ángel que representa a lo que combate. Y basta ya de discurrir por esos caminos, para

«Regresión inevitable».

EL MITO DE ORFEO

mi extraños, de la psicología, por más que yo me empeñe en disfrazarlos, invistiéndolos con una figuración simbólica de ángeles y demonios, por más que yo me empeñe en mitologizarlos. ¡Qué extraño! Para destruir los mitos de Hernández —para reducirlos a especie inteligible—, no tengo más remedio que recurrir, yo mismo, a una enclenque mitogonía.

Y basta, digo. Todo eso era para

bra cuando analizó a los pintores italianos del Renacimiento. Mitólogo que se sirve de la ilustración, no ilustrador que se sirve de la mitología. Pero por eso mismo, porque lleva dentro de sí mismo como un sino ilustrativo de la mitología que él mismo va engendrando, nunca ha podido sentirse comprometido con la forma en estado puro, con el culto extremado a la proporción —más o menos divina— de la

J. M. HORENO GALVAN

decir que en la pintura de Hernández, el primer ingrediente son los mitos de las realidades que trata de reflejar y combatir. Pero los mitos; es decir, algo que se enmaraña con la realidad de tal manera, que luego de pintados ni el propio Hernández puede explicarlos con un descifrado lógico.

El primer ingrediente son los mitos, pero Pepe Hernández es un pintor, no un mitógrafo. Es un pintor, pero los mitos están tan pegados a su cuerpo, que su pintura jamás ha podido —hasta ahora— desprenderse de ellos. Por eso, el segundo gran ingrediente de su pintura es «la ilustración». Y digo «ilustración» en el mismo sentido con que Berensón utilizó esa pala-

forma. Por eso es por lo que, como se encarga de registrar Emilio Sanz de Soto, que lo conoce desde su infancia tangerina, por eso es por lo que su primer encuentro significativo y cordial con la modernidad de la pintura fue a través del surrealismo. ¡Su primer encuentro significativo fue con el surrealismo! Y es que, en arte, los creadores encuentran lo que en lo más profundo de su ser van buscando. Y van buscando algo de lo que ya se lleva dentro una mínima parte.

¿Es que en su mocedad Pepe Hernández pudo ser considerado un surrealista inconsciente? ¿Es que en alguna etapa de su vida de pintor pudo ser considerado Hernández un surrealista? En modo algu-

no. El surrealismo es una mitologización —si se quiere, una ilustración— de los sueños fantasmales del inconsciente. La pintura de Pepe Hernández es una mitologización —y como consecuencia de ella, una ilustración— de los fantasmas que se nos aparecen en la vigilia. Y otra vez tengo que recurrir a la frase que Goya estampó —misteriosamente— en uno de sus grabados: «El sueño de la razón produce monstruos». De ahí la condición órfica de Hernández: él baja a los infiernos, sí; pero sin dejar de pulsar nunca la lira de la Inteligencia, para no dejarse dominar nunca por las demoníacas fuerzas del instinto y la barbarie que él denuncia. Los surrealistas bajan también a ese infierno, pero dimitiendo primero de una parte de su racionalidad, mediante el automatismo psíquico o mediante una zambullida, más o menos profunda, sumergiéndose en la laguna de su propio subconsciente.

Y basta otra vez. La proximidad de la pintura de José Hernández me lleva siempre, contra mi voluntad, a unos psicologemas que quisiera ver desterrados de mí mismo. Pero como la vez anterior, también ahora, en esta no menos peligrosa incursión a esos dominios, quería llegar a alguna parte: a decir que por todas esas razones, la pintura de José Hernández alcanzó esa dimensión, llamémosla «ilustrativa», pero siempre en el sentido berensoniano de la palabra. Y que justamente esa necesidad de ilustratividad es lo que determinó en él esa preponderancia, llamémosla también dibujística, que lo caracterizó, sobre todo en sus primeras épocas. Hoy esa preponderancia está ya dominada en él gracias a un baño gozoso en los dominios de la pintura. Dominada, pero no sofo-

cada definitivamente. Siempre queda en esa pintura algo como un recuerdo de su primera edad, de su edad definitivamente ilustrativa mediante el dibujo.

Creo que publiqué algo de ello en una breve croniquilla que apareció este último verano en estas mismas páginas. Yo he visto la gestación de casi toda esa obra que ahora expone Pepe Hernández. Se realizó casi toda ella en una casa, muy cercana a la mía, situada en el lugar donde ambos dejamos pasar nuestros días de descanso estival, en tierras del alto Duero. Notaba yo entonces, y creo que lo advertí ya, en esa nueva pintura de Hernández algo como si un oscuro desasosiego milenarista la inquietase. Tenía, y creo que sigue teniendo, algo levemente parecido a la inquietud de ciertos pintores que ilustraron «el otoño de la Edad Media», sobre todo parecido a la inquietud de algunos pintores germanos de esa época, de un Grünewald, de un Hans Baldung-Grien y hasta de un Durero. Aquellos pintores pudieron tal vez sentir levemente el final más o menos catastrófico de su propia edad: aquellas procesiones —reseñadas ya por Huyzenga en su bello libro— de hambrientos, de desheredados, de estigmatizados por los cuatro jinetes del Apocalipsis... En cuanto a Pepe Hernández... No, no quisiera yo echar sobre Pepe Hernández la pesada carga de convertirlo en síbila de nuestras futuras desgracias a nivel mundial. Ni quiero ni puedo, porque José Hernández no tiene nada que quiera ser profético en su pintura. Es sólo, insisto en ello, un ilustrador. Ilustrador de algo que no presente, sino que siente como actual y actuante. Ilustrador de todas las lacras y fealdades de nuestro presente. Sólo eso. ■

«Reflexión sobre el gran malestar» (tríptico).

